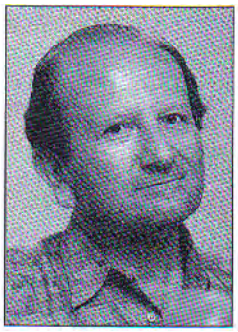


PREGON DE SEMANA SANTA, 1992

LA TURBA DEL SILENCIO

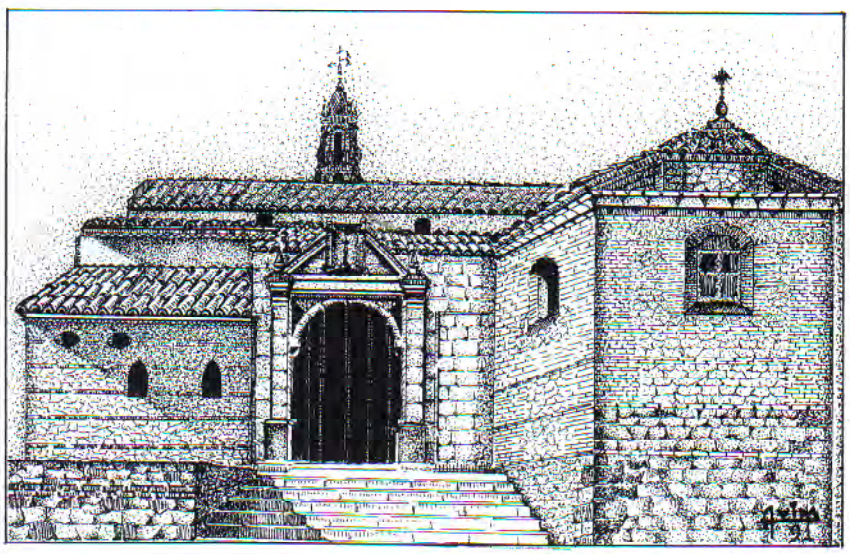
Manuel PIEDRAHITA TORO

Te veo allá abajo, al fondo, con la perspectiva y la distancia de las aves que sobrevuelan tu cielo azul. Casitas blancas junto a Santa María la Mayor y las ruinas del castillo que se deslizan a lo largo de la historia, como la lava de un volcán, hasta el arroyo de la plata. Riada lenta de calles y plazas desde el altozano que fue vigía de moros y cristianos, hasta la llanura próspera y emprendedora. Te contemplo desde el camino de la sierra, un monte de viñas y olivos que suben y bajan...

El campo
de olivos
se abre y se cierra
como un abanico.

Te miro, Baena, desde arriba mientras recito ese poema de García Lorca, que al igual que un abanico se abre, y me traslada por arte de magia, hacia abajo, cerca del camino de Córdoba. Ahora mi perspectiva es distinta y te veo desde el Calvario, final de un antiguo Via Crucis que se iniciaba en la Cruz de Jaspe, cruzaba el puente de Perales y subía hasta la ermita del Buen Suceso.

Asciende mi vista por tus calles empinadas que te envuelven por los cuatro costados: Calderos, Frailes, Agundo, Velilla Alta, Tejadillo, Mari Campana, San Pedro, Albaicín, Jabonería, Marinalba, Pajarillas, Barrizal, Capacheros, Corralaz, las "Laeras", el Tinte, la Tela, el Arrabalejo, el Barrizal, Puerta del Sol...



Un hombre en su burro pasa junto a mí y deja prendido en el aire el "Dios guarde a usted". Un hombre taciturno y solitario como el olivo que describió Antonio Machado:

Olivo solitario
lejos del olivar, junto a la fuente,
olivo hospitalario

Desde la sierra o la campiña, desde el camino de Albendín, venga desde donde venga, siempre te miro como si te viera por primera vez: bella, altiva, empinada, señorial, callada. "Baena, aquella gran villa donde vimos la luz un día y que tiene su asiento en las feraces comarcas del antiguo reino de Córdoba", como la describió nuestro paisano José Amador de los Ríos en 1871.

Ahora en Cuaresma eres la misma pero con un aire distinto. Te contemplo desde la cruz del segador, en un atardecer de arreboles que enmarcan la torre de la Iglesia Mayor. Aspiro tu aire con la fragancia del buen aceite de oliva virgen de tus excelentes cooperativas, en pestiños, flores y magdalenas. Aire que huele a cal viva, de casas recién encaladas. Aire con olor a sidol, que abrillanta cascos de "judío" y

fondos de tambores. Olor a reflejo húmedo, a virutas de carpintería donde el torno moldea baquetas y aros. Olor a vinagre de cola recién trenzada, a cuero de talabartería donde cosen las anillas, a bolillas de alcanfor escondidas en los bolsillos de chaquetas de buen paño rojo. Olores, sabores, sensaciones, fantasías, sueños, que todos llevamos consigo a lo largo de la vida, desde nuestra niñez, y que nos sitúan, estemos donde estemos, en la Semana Santa de entonces y en la Semana Santa de siempre.

Siempre te recuerdo con los brazos abiertos, entre un mar de olivares, Baena hospitalaria, cuando me acerco por el "camino polvoriento y sinuoso" que cantó el poeta. Camino de la vida, camino de cuaresma, camino de dolor y de esperanza.

Camino idéntico a los senderos de aquella Galilea de los Evangelios. La pita, la higuera, la cepa, el viejo olivo y aquel hombre que se pierde junto al peñón de San Marcos. Lo veo alejarse en su pollino como un personaje bíblico y hasta me parece ver su cruz a cuestas diaria, la cruz de la vida, tan dura y tan pesada como la Cruz de Jaspe.

Tú, Baena, permaneces sin embargo ahí en el mismo sitio de siempre, viendo pasar a tus hijos desde la niñez. Vamos recorriendo el camino de la vida, que serpentea como un río hasta desembocar en la muerte. Camino de la Almedina, camino del Calvario, camino de la noche...

Es ya madrugada y percibo en el ambiente aquello de "la muerte es la ausente presente". Camina la Cuaresma hacia su viernes trágico y es hora de recordar los versos de Dámaso Alonso:

Un enorme silencio nos circunda
un mundo de omisión, un gran sudario
¿has muerto, dí? ¿te sueño yo...?

Yo sí te sueño, Baena de noche. He subido en solitario desde San Francisco por la Puerta Córdoba. Me he oído a mí mismo, con llanto de niño en la pila bautismal, al pasar cerca de San Bartolomé. He tomado un respiro en la Plaza Vieja y he sido testigo mudo desde mi sueño, de aquel motín que hace más de un siglo cuando el pueblo se opuso a que Jesús lo llevasen por un camino más cómodo, "cuando Baena tenía aún pulso", como escribiría muchos años más tarde Miguelito Fuentes después de cambiarse, en 1948, el itinerario tradicional. "¡Jesús, por su carrera antigua!" es el grito que oigo entre ruido de sables, lamentos de dolor y tumulto en la pesadilla de aquel Viernes Santo de 1861.

He continuado por la calle Alta y la Doctora hacia el Adarve, hasta llegar a Madre de Dios. Y aquí, en mi sueño, yo te sueño Semana Santa. ¿Sueño dormido lo ya pasado o estoy despierto en el futuro?:

Dijimos adiós en vano
al pasado que aún estaba
aquí y no se había ido.
Hemos soñado el futuro
en vano. No había llegado
cuando el alma aleccionada
ya lo daba por pasado.

Con el eco aún en el alma de los versos de Ricardo Molina, sueño que se acerca la turba, misteriosamente en silencio. Sólo se oye como un crujir de baquetas ¿o es quizá un crujir de huesos? veo, junto a las banderas y estandartes, a Manuel Arriero. Me lo imagino haciendo testamento, en 1805, donde declara "soy individuo de la Cofradía de Jesús Nazareno, con el título de judío". Es el primero de que se tiene constancia histórica. Desde entonces, desde hace cerca de dos siglos, miles de "judíos" -al principio con lanzas y rosarios; más tarde con tambores- han ido desfilando bajo este arco del convento de Madre de Dios, hacia la Plaza de Palacio o Plaza de Arriba, como la llamaban muchos de los que engrosan esta turba del silencio.

La Plaza del antiguo castillo, primero moro y después cristiano, es un hervidero de recuerdos en esta madrugada misteriosa. Los veo venir, "blancos" y "negros", todos juntos, como en una aparición. Pero yo sólo distingo a los que conocí o de los que oí hablar. Se acerca el cuadrillero de la cuarta, Damián, con un impecable atuendo de "judío": negro pantalón en contraste con el rojo de la chaqueta bordado en hilo azul morado, cola negra bien rizada, casco que brilla a la luz de la luna y plumero negro. Al lado su suegro Guillermo Cabezas, cuadrillero de la tercera de la cola blanca.

Veo a Pedro Reyes Ortiz, a Francisco Cárdenas Navarro, a Toribio Albendín, a Ramón Valverde, a Manuel Baena, todos cuadrilleros de la blanca, allá por el año 1924, cuando se acordó que la turba de la negra participase también en las procesiones del Miércoles y Jueves Santo. Pero ahora no hay separación de "colas" y observo que todos van juntos. Se acabaron los trifulcas y las peleas de los "cruces". Ya todos son iguales, con los tambores del silencio que cuelgan de sus tahalíes de cuero negro.

Veo, también, a los cuadrilleros de la negra de aquel año de 1924: Antonio Molina Cruz, "Molinica", José Molina Gallego, Fernando Jiménez Horcas y

Antonio León Cruz. No lejos anda Pepe Gan, un cuadrillero de postín que se cubre en esta madrugada fría con una pelliza roja, bordada tan primorosamente como su chaqueta.

En una casita blanca, a la luz de un velón de Lucena, veo a una mujer hacendosa que trabaja hasta el alba:

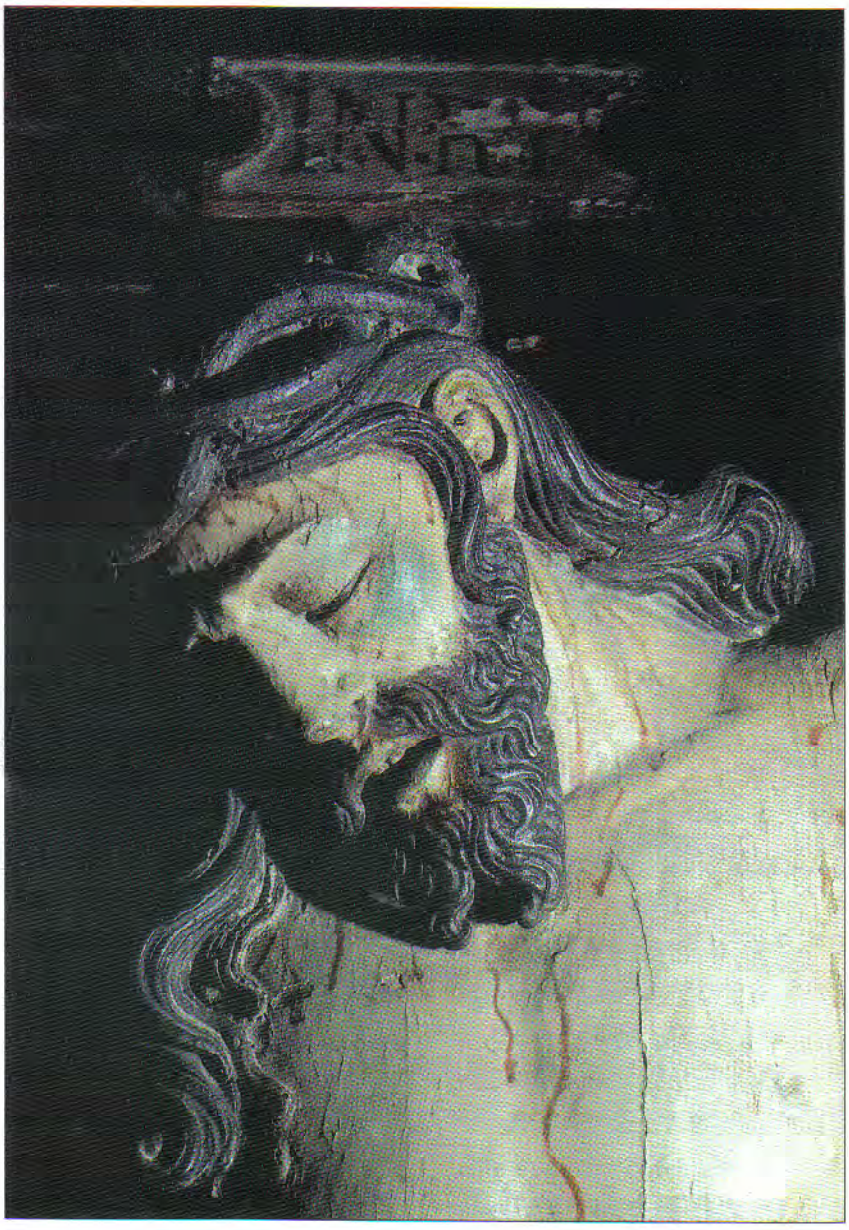
Borda que te reborda,
borda la cruz de Jesús,
los clavos y la corona,
las espinas en hilo azul.

Esa mujer bordadora es Antonia Burrueco Luque "La Sola", que mira a la turba del silencio, entre pespunte y pespunte, desde la ventana de su casa. Parece que la oigo susurrar, "aquella la bordé yo, y aquella otra también". ¡Fueron tantas las chaquetas que bordaron sus manos primorosas!

Chaquetas que previamente eran buen paño rojo y ahora lo veo extendido en la mesa de mármol del sastre Rafael Alarcón, oigo el rasgar de sus enormes tijeras, en su taller de la calle Mesones.

Allí viene también Marcelino "el triste" con la chaqueta que le pusieron de mortaja y con la "cola" blanca que le metieron en el ataud, como era su voluntad. Y ya que hablamos de última voluntad, también veo mi sueño, formando parte de esta turba única de "judíos" blancos y negros, a D. Antonio María de Marichica que dejó dicho en su testamento, "con cargo a mi pecunio se costeen veinte trajecillos blancos".

¡Cómo brillan en esta noche de luna vestimentas tan inéditas y tan distintas! túnica a modo de enaguas primorosamente bordadas. Allí viene Don Manuel Cubillo, H. Mayor y gran impulsor de tan antigua Hermandad, con el típico frontil,

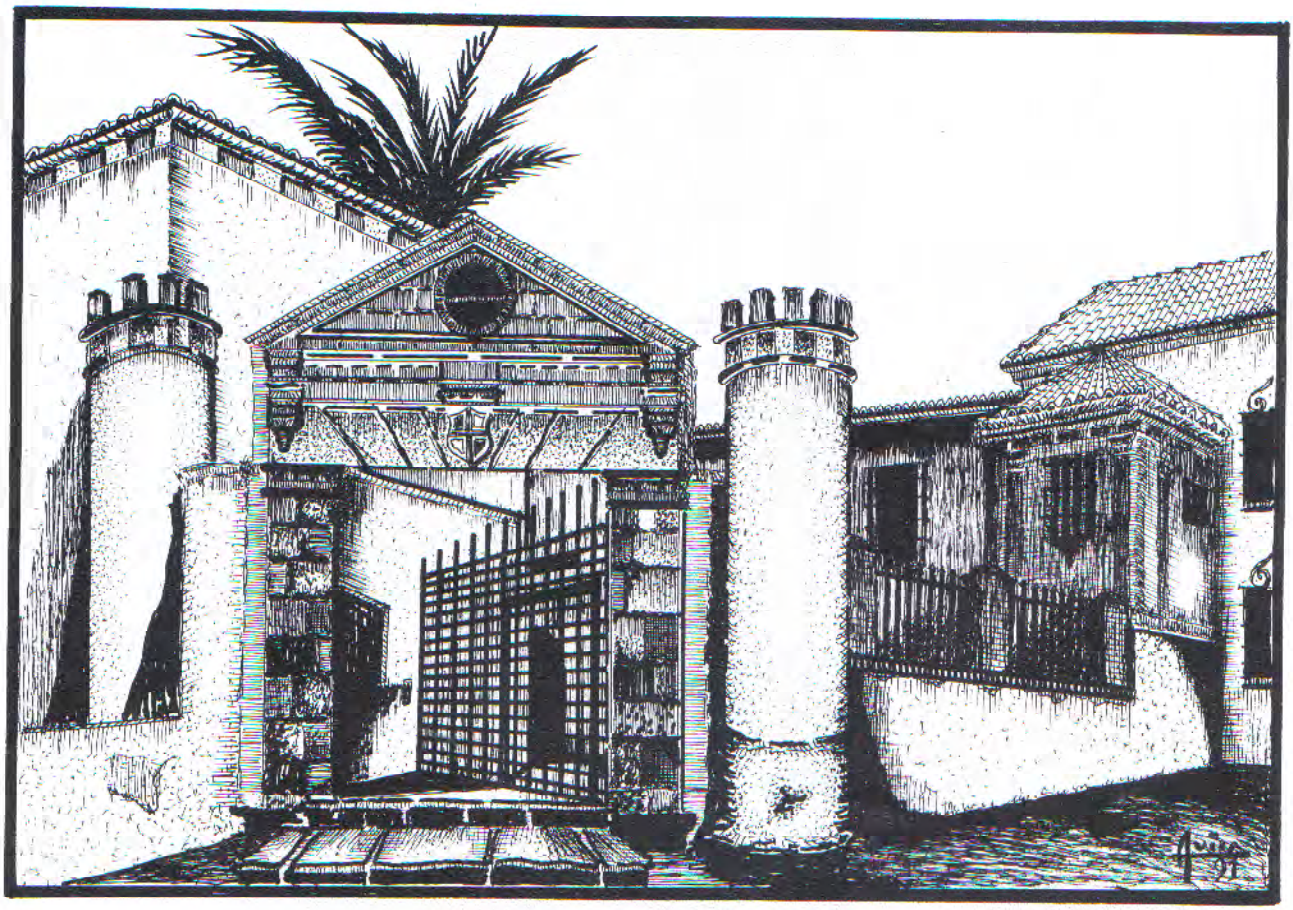


Cristo del Perdón. Foto Luis Comino.

la tradicional faz inconfundible si la comparamos con los habituales capiruchos.

Muy cerca, se mueve de aquí para allá Miguelito Fuentes. Le sigue Antonio Lucena, "Lucenilla", con un bosque de lirios blancos que casi le tapan la cara. Buena cola blanca que cuelga del morrión, como se le llamaba antes al casco. Obra de arte, pura artesanía baenense.

Me parece intuir, en el silencio de la noche, los golpes sonoros de un cincel que doma y moldea el duro metal. Las manos artesanas del latonero Vicente Membrives dan los últimos toques a un casco. Mientras mira de reojo el paso de la turba, desde el ventanuco de su taller, le oigo musitar, "aquel también lo hice yo y aquel otro". Y muchos más cascos, pura orfebrería, que brillan en la noche a la luz de los faroles.



Veo ahora a Pepe Jorge, cuadrillero del uno de la negra, junto a Miguelico "El jornero". A Juanito Navas, del tres. A "Molinica el Grande" del seis. A José María Segura Galvín, del siete. A Miguel Padilla Argudo, del ocho junto a Piernagorda y "Rafalito el Guapo". Le sigue Natalio Aguilera, del cinco, acompañado de un grupo variopinto: Paco el arriero, con un tambor que suena a gloria, aunque asistimos a un oficio de tinieblas. Veo a Fernando Toro con "la piojosa", a Romero el de la botica, a Lara con "la tortica", a Caballero el del banco, a Gaona el de la casa de socorro, a Mateo el de la otra botica, al "cristiano" con sus manazas, a barambullo con su cachaza, a Vicente Galeote Sevilla, cuadrillero del tres de la blanca, a Rafael Jiménez Párraga, del seis, y a tantos otros "judíos" cuyos nombres ya no recuerdo, que pasan y pasan pero siguen presentes en la lejanía de la ausencia. Como dijo el poeta:

¡Que cerca está lo ausente y lo lejano,
que duro su relieve contra el hombre!.
¡Que hondo y verdadero lo lejano,
que cegadora luz asalta al hombre!.

Luz cegadora con el eco inconfundible de las trompetas, como aquellas de Jericó de las que habla la Biblia...

Allí viene Rafael López Herrador, al frente de los trompeteros que han rasgado este velo de silencio. Ya se acercan los hermanos mayores. Se adelanta, con su báculo y su túnica de nazareno, Don José Baena. Va también Don Toribio de Prado Padillo con Serapio el de la confitería, en traje del sepulcro. Le sigue Don Alfonso Herrero, del Cristo de la Sangre y Don Antonio Espinar, de las Angustias. Y Julio Pérez, de San Juan, y Don Luis Fernández con Juanito Pastor, vestidos de magdalenos, y más nazarenos con el rostro tapado. Sólo distingo a Don José Planas, no lejos de Juan Espinosa, "peligordo" y "el malato" que en esta noche no entonan el célebre "miserere". Va también José Barcos, cuadrillero de los Profetas, con José Flores, de las Virtudes y José Maria Baena Bernabeu, de los Apóstoles. En silencio pasan Pepe el del bar y Joaquín Castilla, enlutados desde el capirucho hasta las sandalias. Y hasta parece ver, allí al final, a Manuel Piedrahita Ruiz escribiendo sobre el pellejo de su tambor esto que ahora les leo:

"El tambor y el judío, están de una forma ligados, que el tambor y el judío son

una misma cosa. Si el tambor está risueño, si tiene sonido de plata, la alegría del judío, en su risa dichosa, es de plata también. Si el tambor está triste, si su voz es ronca, no tiene límites la tristeza del judío. Pero el judío no sólo quiere y defiende a su tambor, sino que también quiere a la reunión de todos sus compañeros, a su turba. El judío tiene su momento de gozo, cuando va por la calle saboreando con deleite el claro sonido de su tambor, muy digno, muy serio, saturándose de la bizarría del redoble".

El silencio de esta turba que sigue desfilando bajo el arco de Madre de Dios, lo ha roto ahora el redoble de esa caja de música que es un tambor de Baena. Pura filigrana sonora, que borda con cenefas acústicas el paisaje de la madrugada. ¡Qué fineza la de José Delgado Pavón, "malaspatas"! y la de Francisco Beredas o la de Rafael Reyes, el del Ayuntamiento.

Pero ya empieza a amanecer y mi sueño se va disipando como la neblina de la alborada. Desde mi atalaya veo que la turba silenciosa y misteriosa vuelve a donde solía. Las cajas y banderas entran ya por la puerta del cementerio, con el eco de los versos del poeta:

Una noche más honda que todas las edades,
más densa que la cera, me ahoga lentamente.
Golpeo con la mano y todo sigue en calma,
han muerto los sonidos, exploro el horizonte
que me apresa en su red de opacas pesadillas
y nada veo: han muerto colores y figuras.

Ahora sí que estoy despierto, que voló mi sueño ¡son tantas las personas que resucitan en nuestro recuerdo todas las Semanas Santas! cada uno de ustedes tendrá en la memoria un álbum particular -familiares, amigos, conocidos- que año tras año se abre cuando pasa la turba.

La turba sigue viva y en continua renovación gracias a las nuevas generaciones. La oigo, la oímos, con su maravilloso estruendo. Son los hijos, nietos, biznietos de los que formaban la otra turba, la del silencio. Ahora ya no la sueño, la vivo. Y me produce su inconfundible sonido una placentera conmoción en el cuerpo y en el alma. No lo podrán creer aquellos que no sepan ahondar en lo que significa para un baenense el tambor de su Semana Santa.

Ese sonido de la turba -convulsión de la naturaleza, volcán que despierta, rugido de tormenta, eco grandioso del "todo está consumado"- me produce una enervación del alma semejante a cuando oigo el mejor de los conciertos. Lo presente y lo ausente, lo actual y lo pasado, encabritan el sentimiento y provocan lo incomprensible.

Ya se acercan, como siempre, como todos los años, las procesiones de nuestra Semana Santa. Esto ya no es un sueño. Si acaso queda el recuerdo de cuando subían hasta la Almedina, por calles estrechas, calles de la pasión, calles como las de Galilea, calles incómodas, de penitencia, treinta y tres penitentes con la cruz a cuestas desde la ermita del monte. O cuando Jesús bendecía los campos desde el Adarve...

Oh cielo azul, oh verdes campos
de aguas claras, decidme
¿por qué es tan tierna y tan cruel la primavera?
¿por qué es tan bello y triste el Domingo de Ramos,
dominica in palmis, Dios mío?

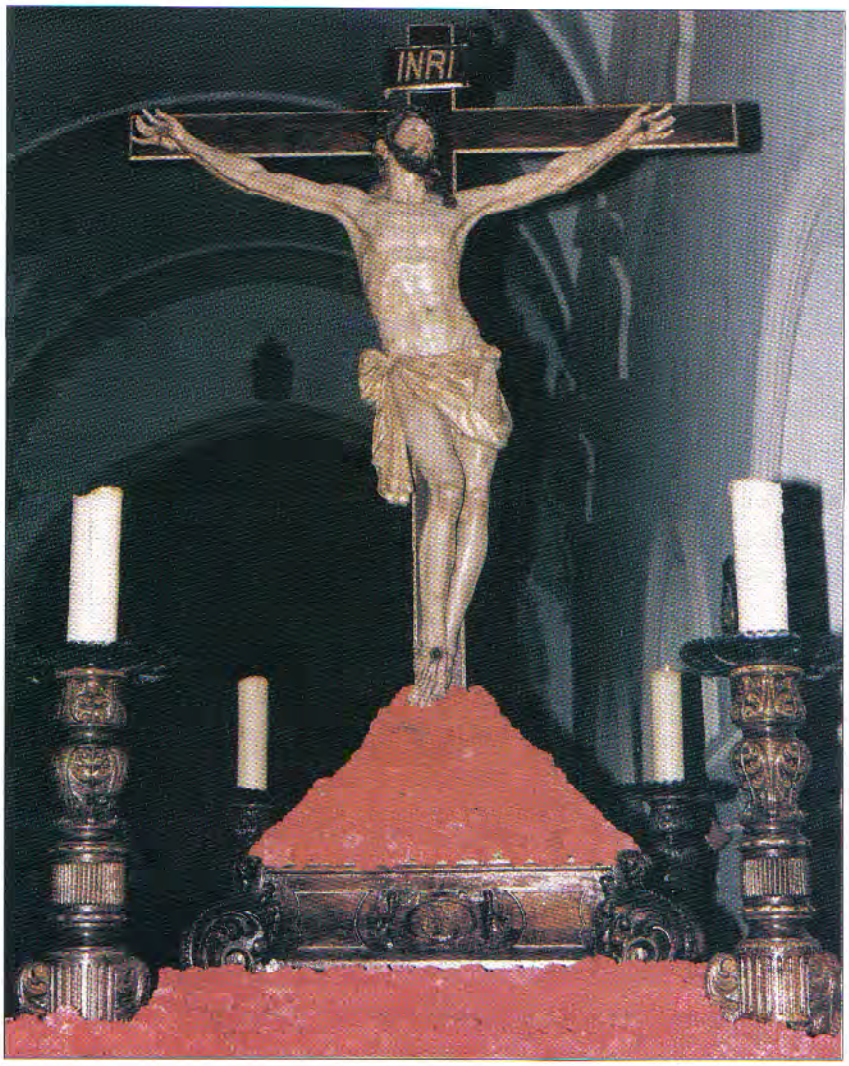
Qué bien supo expresar Ricardo Molina ese sentimiento que se palpa al comienzo de la Semana Santa.

Es bello el Domingo de Ramos porque ya viene "la Borriquita", que nos hace a todos niños. Es triste porque... el fariseo que todos llevamos dentro sale a la superficie y entona "hosanna al hijo de David", bambolea ramos de olivo y palmas, reza y se da enormes golpes de pecho. Oye misa, da limosnas a cambio del certificado que le permitirá ir al cielo, donde seguirá gozando como en la tierra...

Los pobres, como los Apóstoles que seguían a Jesús, se rebelan a lo largo de la historia contra esa idea de que el goce en la tierra es de unos pocos elegidos. Se oponen a los que dicen que la sed de justicia ya la saciarán plenamente en el cielo...

De aquella alegría del Domingo de Ramos, ¡qué rapidamente pasamos al huerto de Getsemaní! Jesús en el Huerto, que yo personalmente imagino siempre entre olivos y no rodeado de limas. Gabriela Mistral lo supo intuir cuando dijo: "El aceite, más lento que la lágrima y más pausado que la sangre".

Sangre y lágrimas contenidas que ya vemos en Jesús de los Azotes, en Jesús de la Ventana, en Jesús del Prendimiento, en el Cristo de la Humildad. Poco antes de que carguen sobre sus hombros la cruz.



Cristo de la Sangre. Foto Antonio Jiménez.

La cruz a cuestas de Jesús Nazareno, que ya se acerca...

Cristo moreno
pasa
de lirio de Judea
a clavel de España
¡Miradlo por donde viene!

(Viene bajo el palio invisible pero sonoro de una saeta...)

Cristo moreno,
con las guedejas quemadas,
los pómulos salientes
y las pupilas blancas
¡miradlo por donde va!

¡Qué bien supo García Lorca reflejar con su poesía a ese Nazareno que recorre las calles de nuestro pueblo!.

Las calles de Baena: qué bullicio estos días con tantos paisanos desperdigados que se dan cita aquí en Semana Santa. Pero al mismo tiempo qué fervor, qué disciplina en las procesiones, qué seriedad, qué mezcla tan profunda de la liturgia romana con la fe popular en el Vía Crucis de la Hermandad del Cristo del Perdón.

La procesión sigue su camino, hacia el antiguo Coso, donde se representa el auto de la pasión. Allí culmina la participación de toda Baena en los actos de Semana Santa, que según Don Juan Valera "tiene por teatro todo el lugar, con templos, calles y plazas, y tiene por actores a la mitad, o quizá más de la mitad de los hombres, y por espectadores a la otra mitad de ellos, a todas las mujeres y niños y a no pocos forasteros".

Jesús Nazareno va ya por la calle Mesones. ¿Os acordais de aquel inmenso palio, del hosco Cirineo y de la poblada peluca? Ahora Jesús ya es otro, pero al mismo tiempo sigue siendo el mismo. Aquella turba del recuerdo y del silencio, la que ya pasó y ahora descansa en el Camposanto, reconocería enseguida la escultura de Miguel de Perea, un imaginero tardobarroco, hasta ahora casi desconocido pero que la imagen restaurada ya lo ha hecho famoso. El mismo Jesús Nazareno de siempre pero con su rostro de dolor aún más bello.

Dolor en esta noche de Viernes Santo, con el Cristo de la Sangre clavado en la Cruz:

Sobre el monte pelado
un calvario.
Agua clara
y olivos centenarios...
¡oh pueblo perdido,
en la Andalucía del llanto!

Llanto contenido, de Federico y tantos otros poetas, en la procesión del Santo Entierro al paso de la Hermandad del Sepulcro, envuelta en el toque grave, de luto, de los tambores enlutados. ¡Qué negra es la noche del Viernes Santo! ¡Qué pena más grande arrastran las vírgenes de la Semana Santa de Baena: Virgen de los Dolores, Virgen de la Esperanza, Virgen de las Angustias, Virgen de la Soledad.

Una mujer canta... Una mujer andaluza a la que García Lorca dedicó este poema:

La Lola
canta saetas
los toreritos
la rodean,
y el barberillo
desde su puerta,
sigue los ritmos
con la cabeza.
Entre la albahaca
y la hierbabuena,
la Lola canta
saetas.

La Lola aquella, que se miraba tanto en la alberca de la Fuente Baena, antes de subir por el Arrabalejo para ver a la Virgen Blanca de la Alegría. Agua cristalina de esa fuente, con sabor a albahaca y olor a hierbabuena. Huele ya a primavera. Se adivina la trama de los olivos. Es Domingo de Resurrección. El sonido de las campanas corre y vuela por cañadas, arroyos, mimbrones, adelfas, álamos, nogales, higueras. Campanas que anuncian el triunfo de la vida sobre la muerte. Sonido de gloria que brinca, salta, riega de alegría los campos de Baena, donde apuntan las espigas, el olivo florece y la cepa se estremece. ¡Cristo ha resucitado!

Virgen de la Soledad. Foto Luis Comino.

Centuria Romana. Cofradía de N.P. Jesús Nazareno. Foto Luis Comino.

Es ya el final de este recorrido tan personal, que ha sido posible gracias a vuestro acompañamiento y a vuestra atención. He revivido parte de la Semana Santa de hoy y algo de la Semana Santa de los que nos precedieron. La he pregonado con la idea de que debemos marchar decididos hacia adelante, sin dejar de mirar hacia atrás. Pero siempre con el amor y la ilusión que tan sensiblemente cantó el poeta:

Esta es nuestra tierra bienamada:
El prado amarillo, el arroyo frío,
el dosel espinoso del boscaje.
Esta es nuestra tierra: somos sus hijos.
Esta tierra que es nuestra,
Esta tierra que amamos.

A Julio Forcén, con afecto

Muchas gracias,
pueblo de Baena.

M. Pedrajas